

Sobre la justificación en “Deutsches requiem”.

Rebasa, Santiago.

Cita:

Rebasa, Santiago (2005). *Sobre la justificación en “Deutsches requiem”*. XII Jornadas de Investigación y Primer Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-051/383>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewYf/XEW>

SOBRE LA JUSTIFICACIÓN EN “DEUTSCHES REQUIEM”

Rebasa, Santiago
Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires

Resumen

Este trabajo se propone indagar acerca del modo discursivo de la “justificación”, como modo de articulación subjetiva que responde a lo Real del azar, a la culpa, a las voces condenatorias de otros. Para ello se analiza este modo de enunciación en el relato “Deutsches Requiem”, de Jorge Luis Borges.

Palabras Clave

justificación azar destino enunciación

Abstract

THE JUSTIFICATION IN “DEUTSCHES REQUIEM”

The purpose of this work is to investigate the discursive form of “justification” as a way of subjective articulation to respond to the Real in random, to the guilt and to the condemnatory voices from others. In order to do so, this form of enunciation is analyzed through the “Deutsches Requiem” tale, by Jorge Luis Borges.

Key words

justification random destiny enunciation

“Deutsches Requiem”, un alegato

Este trabajo se propone indagar en un texto literario, y con las herramientas del psicoanálisis y la crítica literaria, el modo enunciativo que podría llamar la *justificación*. El interés es explorar acerca de las operaciones retóricas que se ponen en juego en ese modo discursivo que también pueden tomar los relatos en los psicoanálisis. Establecer las voces ante las cuales este modo responde, así como considerar la justificación como modo de articulación subjetiva frente a lo Real, lo contingente o inquietante.

En el relato *D. Requiem*, de J.L. Borges, el oficial Otto construye un alegato frente al juicio que lo condena por genocidio.

Otto sacrifica y se sacrifica para que reine la violencia, nuevo orden que se propone aplastar las “serviles timideces cristianas”, la piedad. Ese es *el* tema principal. Este comentario desea no olvidar sin embargo las razones esgrimidas que lo contextúan pero también lo cuestionan como tal, para recuperar así el camino recorrido en las justificaciones. Destacar su variedad y parcial inconsistencia. Las razones recubren, iluminan, pero algo que las concierne queda oscuro.

Justificarse o ser comprendido

“El tribunal ha procedido con rectitud; desde el principio, yo me he declarado culpable. Mañana, cuando el reloj de la prisión dé las nueve, yo habré entrado en la muerte; es natural que piense en mis mayores, ya que tan cerca estoy de su sombra, ya que de algún modo soy ellos.

Durante el juicio (...) no hablé; justificarme, entonces, hubiera entorpecido el dictamen y hubiera parecido una cobardía. Ahora las cosas han cambiado...”.

Se puede pensar el texto como *alegato* frente a la condena “asesino y torturador” que la voz del tribunal profiere. “Yo, el abominable” será otro modo en que Otto va a ser visto por un Otro enjuiciador. Responde a esas voces de otros, que provienen de *otro* lugar. Voces que hablan y a las que se les

habla en su discurso. Así la voz de Otto no es uniforme. Sus matices, sus distintas procedencias, pueden ser leídos como contrapunto en su propio decir.

Otto no se defiende. Que el tribunal lo condene y ejecute es necesario para su misión y para el *sentido* del relato que construye. El cuento comienza con la enumeración de sus ancestros guerreros. Evocarlos lo sitúa pero a la vez lo desaloja respecto de esa genealogía: están por un lado los guerreros patriotas y por otro el “torturador y asesino”.

Borges, en una *Nota del editor* nos habla de una “omisión” en la genealogía:

“Es significativa la omisión del antepasado más ilustre del narrador, el teólogo y hebraísta Johannes Forkel (1799-1846), que aplicó la dialéctica de Hegel a la cristología...”

Destaquemos aquí que “aplicó la dialéctica de Hegel a la cristología”, cuestión que luego tendrá un lugar en el relato.

Para que no sea sólo el juicio (“torturador y asesino”) el que hable por él y de él, en la noche que precede a su ejecución, Otto habla. Quiere establecer cómo deben ser leídos sus actos, según sus palabras, *justificarse*. Que aquí alude a ser comprendido.

“... no hay culpa en mí, pero quiero ser *comprendido*. Quienes sepan oírme, *comprenderán* la historia de Alemania y la futura historia del mundo. Yo sé que casos como el mío, excepcionales y asombrosos ahora, serán muy en breve triviales. Mañana moriré, pero soy un símbolo de las generaciones del porvenir.”

“Ser comprendido” podría pensarse también como ser *comprendido en*, ser *parte de* algo que lo incluye. Otto se dirige a los que sepan oírlo *de otro modo* que el tribunal. Para convencerlos debe construir las coordenadas Simbólicas en que su discurso se *comprende* de otro modo.

Dice ser “un símbolo” que habrá que *saber oír*, interpretar. Así se podría saber algo sobre “la futura historia del mundo”. ¿Y no es esa una operación para crearse un *futuro*, de la misma manera en que antes construye una *genealogía* y un pasado? ¿Crearse un futuro que lo incluya o *comprenda en* una trama temporal ya dada?

El *futuro* aparecerá así como *ya dado* en el mismo momento en que el relato se propone construirlo y anticipar el sentido que lo determinará. *Comprender* la “futura historia del mundo” nos sugiere que la historia se propone incidir en el futuro, que tiene valor performativo. Intenta no sólo comprender los hechos del pasado en ciertas leyes generales, sino también *comprender en* su interior el *sentido* de los futuros acontecimientos. Así, la “futura historia” podría estar ya *comprendida dentro* de ciertos patrones dialécticos, cuya “teleología” está de algún modo *prefijada*.

El sentido pleno está en Otra parte

Para justificar su afiliación al Partido nazi Otto argumenta:

“Aseveran los teólogos que si la atención del Señor se desviara un solo segundo de mi derecha mano que escribe, ésta recaería en la nada, como si la fulminara un fuego sin luz. Nadie puede ser, digo yo, nadie puede probar una copa de agua o partir un trozo de pan, sin justificación.”

La justificación se liga así al deseo del Amo. Sin la atención o deseo del Señor, del Amo, el hombre desaparece, recae en la nada. Entonces, lo que hago yo, pequeño hombre, sólo puede estar justificado porque el Señor lo desea.

Justificar es aquí dar a un acto o a un hecho una razón distinta de él, y que lo sustenta, que lo determina, de la cual depende o deriva. La justificación no reside en el acto mismo. La importancia o sustento del acto deriva de otra cosa, de otro plan, del plan de Otro.

Justificar es aquí para Otto también la posibilidad de otorgar un sentido, el sentido con el que se representa los hechos y el porvenir. El sentido con el cual aquellos se ordenan. Justificar es entre otras cosas volver sagrado o justo un acto. También eso es el *sacri-ficio*. Volverlo *pleno* de sentido para alguna otra instancia que otorga el valor a los actos. Como puede serlo aquí el Partido o la Historia.

El “azar”, núcleo de la justificación

Otto ingresa al Partido para alistarse como un soldado de Alemania. Sin embargo...

“El azar, o el destino, tejió de otra manera mi porvenir...”.

Otto intentará recubrir ese “azar” y sus consecuencias por medio de diferentes justificaciones. Con “el azar” se refiere a que en un disturbio detrás de la sinagoga dos balas atravesaron su pierna “que fue necesario amputar.” Aquí aparece otra *Nota del editor*: “Se *murmura* que las consecuencias de esa herida fueron muy graves”. Sabemos que respecto de ella “se murmura”, pero no *qué* se murmura. Omisión que sugiere en las consecuencias de la amputación algo que no puede decirse en voz alta.

Mientras Otto convalece en el “sedentario hospital”, los soldados alemanes entran en Bohemia. Opuesto al destino soñado del viril coraje y la batalla, aparece un “símbolo” que cabría relacionar con las consecuencias de la amputación: “Símbolo de mi *vano* destino, dormía en el reborde de la ventana un gato enorme y fofo”. Ese destino estéril, vano, se compara con el fofo gato. Un ser sin destino, informe y estático. En la misma dirección apunta el adjetivo “sedentario” que aunque usado para el hospital parece calificar la situación de Otto.

Así se aborta el *hombre de acción*. Eso será más claro a partir de la comparación de Otto con Pablo, quien deja la milicia para servir a Cristo (1).

En el hospital lee a Schonpenhauer, que lo desvía de la *teología* en la que recayó para “justificar” su inclusión en el “alto fin” que el Partido representaba.

Con su ayuda teje ahora una trama “consuelo” para articular el “destino” y el “azar”:

“...todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él.” {...} “No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas; esa teleología individual nos revela un orden secreto y prodigiosamente nos confunde con la divinidad. ¿Qué ignorado propósito (cavilé) me hizo buscar ese atardecer, esas balas y esa mutilación? (...) Al fin creí entender. Morir por una religión es más simple que vivirla con plenitud; batallar en Éfeso contra las fieras es menos duro (miles de mártires oscuros lo hicieron) que ser Pablo, siervo de Jesucristo; un acto es menos que todas las horas de un hombre. La batalla y la gloria son *facilidades*; más ardua que la empresa de Napoleón fué la de Raskolnikov. El siete de febrero de 1941 fuí nombrado subdirector del campo de concentración de Tarnowitz.” (2).

Para explicar y recubrir ese azar inquietante que abre la mutilación, intenta sustituir el *azar* por la *ignorada elección propia*, “teleología individual” que “nos confunde con la divinidad”. Quitar el *azar*, lo contingente, parece así conllevar el efecto de *plena* determinación y una dirección prefijada y cierta: “todos los hechos (...) han sido prefijados” por el que los vive. Con la plena determinación surge el sentido pleno, sin alternativas. La certeza religiosa, profética.

Para Otto no hay “azar” porque hay creencia en un “orden secreto”, en un Orden acabado: “Que el cielo exista, aunque nuestro lugar sea el infierno” (3).

Los términos antitéticos usados en el fragmento sugieren opciones fáciles y gloriosas frente a otras arduas y anónimas.

Pero más valoradas. Se pone en cuestión la genealogía guerrera en la que Otto ya no se inscribe a partir de su mutilación.

Es más fácil ser mártir, que “Pablo, siervo de Jesucristo”. Un solo acto es más fácil que todas las horas de un hombre. Es más fácil “La batalla y la gloria” que el “campo de concentración”. Dirigir un campo de concentración lo *opone* a ser uno de los miles de soldados que mueren en la gloriosa batalla, del mismo modo que murieron los miles de oscuros mártires, pero lo *equipara* con el servicial Pablo. Hay en esa oposición una ganancia compensatoria.

Lo difícil y valorado es aquí ser un servicial asesino, no un valiente guerrero (4).

El esfuerzo por convencernos del sentido de su trayectoria hacia el campo de concentración es artificioso. Y por ello vuelve más claro el esfuerzo retórico. *Omite* el azar de la mutilación y los pasos *concretos* que lo llevan a ser nombrado subdirector del campo de concentración. En su lugar aparecen las *justificaciones* (5).

Esas figuras antitéticas cumplen ese papel y se vuelven inteligibles si pensamos en la figura del sacrificio (como podría ser la figura bíblica de la entrega sacrificial de Judas, anticipada por la de la entrega sacrificial de Abraham). Así como en la Biblia la figura de Isaac anticipa a la de Cristo (6), aquí el sacrificio de un hombre (7) por un “alto fin” es anticipado por la figura del sacrificio que el epígrafe del cuento enuncia: “*Aunque él me quite la vida, en él confiaré*”. “Alto fin” que vuelve posible establecer una conexión entre distintas frases o hechos, no enlazados entre sí hasta el momento. Y cuya relación permite suponer que un hecho es la continuación del otro, su consumación, su expresión presente, su devenir. Así, determinados actos pueden leerse como expresión de algo otro, de otros actos, de otros designios, como figuras de eso otro que los antecede, sucede o abarca. Un hecho está precedido, justificado por otro. Justificación que se caracteriza por la precedencia de otro hecho o acto que por algún rasgo se ofrece como precursor y permite la serie.

El yunque y el martillo

Otro punto de mira es el del *instrumento*, del “siervo”, del “yunque” (8). Este sesgo también permite la asociación con Judas: Otto es el Judas que debe conducir a la muerte al poeta David Jerusalem. Hitler a su vez aparece en el texto comparable con Judas, que cree luchar por un bando y lucha por todos. De ese modo es necesario para un propósito ignorado por su vano ser, sometiéndose a los insondables designios de un bien superior.

La argumentación de Otto reubica así la “gloria” de los antepasados militares conseguida en la “batalla”, en un plano menor, de “*facilidades*”. La primera aparente antítesis, constituida por las glorias guerreras de los antepasados, por un lado, y por otro la condena de “torturador y asesino” que profiere un tribunal, tiende a diluirse. Otto no condesciende a la *facilidad* de la gloria guerrera. Apunta más alto y por el camino más arduo. Inscribe sus actos en función de evitar los vicios piadosos tal como le enseña Zarathustra, cuyos pecados son aleccionadores: “...la piedad por el hombre superior es el último pecado de Zarathustra. Casi lo cometí (lo confieso) cuando nos remitieron de Breslau al insigne poeta David Jerusalem”.

Vindicación de la culpa: Platón y Aristóteles

Hacia el final del relato somos testigos de un *crescendo* de variadas justificaciones que se despliegan para enmarcar y recubrir el misterioso destino de Otto. Respecto del derrumbe alemán ante el avance aliado, Otto dice:

“... Ensayé diversas explicaciones; no me bastó ninguna. Pensé: *Me satisface la derrota, porque secretamente me sé culpable y sólo puede redimirme el castigo*. Pensé: *Me satisface la derrota, porque ha ocurrido, porque está innumerablemente unida a todos los hechos que son, que fueron, que serán, porque censurar o deplorar un solo hecho real es blasfemar del universo*.”

Esas razones ensayé, hasta dar con la verdadera.”

El relato puede enmarcarse en la frase conclusiva: “Ensayé diversas explicaciones; no me bastó ninguna...”. Aparece así tanto la influencia de una genealogía de ancestros guerreros, como la de un linaje de benefactores intelectuales y artísticos. La discusión y “ajuste de cuentas” con Spengler, tanto como la rendición ante el “filósofo de la historia” y el subsiguiente ingreso al Partido. Los sueños de guerrero como la contrapuesta realidad de “gato enorme y fofo”. La concepción del hombre como mera proyección de la “atención del Señor”, donde “nadie puede ser (...) sin justificación” y donde esa justificación depende de un gran Otro, tanto como la concepción de Schopenhauer según la cual “todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre (...) han sido prefijados por él”. La pugna entre la piedad y las timideces cristianas, por un lado, y el fáustico superhombre nietzscheano, por otro.

La última razón ensayada parece una ironía. Tal como estaba anticipado por J. Forkel que “aplicó la dialéctica de Hegel a la cristología”, esta inscribe las torturas y asesinatos cometidos por Otto como un mero instante en la dialéctica, “un momento de la polémica de Aristóteles y Platón”. “Eternos antagonistas” (Tesis y Antítesis). Y nos remite a lo remoto, secreto e insondable de las determinaciones de los actos. Si cada paso que doy, si la discusión que sostengo con alguien, son momentos de la polémica entre Aristóteles y Platón, si todo lo es, entonces todo está dado ya, prefijado por esa eterna polémica.

Otto se inscribe en la serie de aquellos cuyos actos son un eslabón más de la Historia, que no por oscuro es menos necesario. Esa *necesidad* o destino, es lo que ponemos en cuestión. En otro momento, al hablar de las obras de D. Jerusalem, se refiere al “soliloquio *Rosencrantz habla con el ángel*, en el que un prestamista londinense del siglo XVI vanamente trata, al morir, de *vindicar sus culpas*, sin sospechar que la *secreta justificación de su vida* es haber inspirado a uno de sus clientes (que lo ha visto una sola vez y a quien no recuerda) el carácter de Shylock”. Las variaciones de ese tema insisten. La “secreta justificación” que aquí alude a la *vindicación de las culpas*, no se liga directamente a la esencia del acto sino que se diluye en determinaciones insondables y ajenas. Recordemos: Otto decía que no había culpa en él.

Variaciones de un mismo tema. Modos de hacer depender los actos de un hombre de su lugar en la Historia que todo lo abarca, todas las causas y efectos. La responsabilidad por los actos se diluye así en diversas y superpuestas justificaciones. Si Otto responde por ellos es bajo ese modo de enunciación que este relato sabe poner de relieve: la justificación, el hacer depender los actos propios de los variados, contradictorios y multívocos designios de Otros, los Dioses, la Dialéctica, la Historia (9).

NOTAS

(1) “Sedentario” aparece como opuesto a *nómada*. El “sedentario hospital” pinta el destino de Otto, opuesto a los *nómades* guerreros que incursionan mientras tanto en Bohemia. Un bisabuelo murió luchando en Francia. El padre se distinguió en Namur y en la travesía del Danubio.

(2) Es notoria allí la omisión (paratáctica, según Auerbach) del conector que haría más evidente la conversión de la última oración en consecuencia de la curiosa argumentación precedente (por ej.: *del mismo modo / es así que...* El siete de febrero ... fui nombrado...). El conector está *omitido*, sugerido. En Borges, quizás podemos llamar *omisión* a ese uso paratáctico.

(3) A este azar podemos pensarlo también como aquello que especifica Lacan como *tyché*, lo Real, aquello inefable e imprevisible que sin embargo motoriza el desarrollo de la realidad. J. Lacan (1964).

(4) Como “Raskolnikov” y “Napoleón”.

(5) Para ello se sirve de figuras religiosas (“Pablo...”, los “mártires”), militares (Napoleón), literarias (Raskolnikov).

(6) En *Mimesis* Auerbach analiza la “labor interpretativa” que los padres de la Iglesia y Pablo realizaron en los primeros siglos del cristianismo: “Estos interpretaron de nuevo toda la tradición judía como una serie de ‘figuras’ anunciadoras de la aparición de Cristo...” (22). “Este género de interpretación trae consigo (...) un elemento completamente nuevo y extraño en la antigua

forma de considerar la historia. Por ejemplo, al interpretar un episodio como el sacrificio de Isaac, en tanto que prefiguración del sacrificio de Cristo, de forma que en el primero está anunciado y prometido el segundo, mientras que éste consuma plenamente al primero –*figuram implere* es la expresión-, se establece una conexión entre dos acontecimientos que ni temporal ni causalmente se hallan enlazados, conexión que, racionalmente y en el curso horizontal (...) es imposible establecer. La imposibilidad desaparece tan pronto como se unen ambos acontecimientos verticalmente con la Providencia Divina, que es la misma que de este modo puede planear la historia y proporcionar la clave para su comprensión.” (76).

(7) En los dos sentidos, objetivo y genitivo. Tal como sucede con Judas, que sacrificando a Jesús se sacrifica, Otto será ejecutado, *sacrificado*, por sacrificar a D. Jerusalem.

(8) “... batallar en Éfeso contra las fieras es menos duro (miles de mártires oscuros lo hicieron) que ser Pablo, siervo de Jesucristo...”; “¿Qué importa que Inglaterra sea el martillo y nosotros el yunque?”.

(9) En *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*, Daniel Balderston analiza la relación de Borges con la historia, situando la relación entre los supuestos designios o leyes de la historia y el hecho particular, contingente, irreducible a patrones preestablecidos. (D. Balderston; 1996, 22-23).

BIBLIOGRAFÍA

Erich Auerbach: *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. Cap.: *La prisión de Petrus Valvomeris*, pág. 76 y Cap. *La cicatriz de Ulises*, pág. 22. Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Jorge Luis Borges: *El Aleph. Deutsches Requiem*. Emecé, Bs. As., 1957.

Jacques Lacan: *El seminario de Jacques Lacan - Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1987.

Daniel Balderston: *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*. Beatriz Viterbo Editora. Bs. As., 1996.